

---

# EL QUIETO

ANTONIO DELTORO

Tan existente como los adoloridos o los estruendosos  
el quieto se tiende, cierra los ojos;  
sabe que en el día puede haber islas nuevas.  
Se despierta en la ausencia de los nombres con la lengua dormida,  
deja que los peces de las cosas y los peces de los nombres  
se atraigan lentamente.  
Sus islas son un tiempo rodeado por otro,  
puntas de verde eternidad inesperada,  
islas de aguas transparentes en aguas turbulentas,  
horas que queremos muy quietas  
rodeadas por otras que merecen pasar.

A sus ojos la hornilla de la estufa es una fuente íntima,  
gotas de fuego azul envueltas en fuego azul,  
gotas de un azul más intenso  
que el azul más intenso de las aguas del mar.

Mira una nube, se tiende envuelta en alto olvido en el azul del cielo,  
es tan alta su calma que parece que ahí estuvo siempre  
y que ahí siempre estará.  
Su destino es flotar, hija del agua invisible que discreta ascendió,  
lo mismo que a él la deshará el tiempo  
y sin embargo quisiera tomar de ella lecciones de eternidad.

¿Cómo escucha el viento, más allá de sí mismo, a los árboles, a los árboles quietos?  
Al quieto le interesan más los oídos del aire que el viento, su voz.  
Su mundo pertenece a la sonrisa de las cosas,  
no a la carcajada ni a la risa.

---

Si la carcajada salta y la risa baila,  
la sonrisa se extiende como una hamaca desde el norte hasta el sur.

Toma una piña y sube desde el nivel del mar a las montañas,  
desde unos centímetros encima de la hierba a las copas de los pinos.  
Va de lo barroco a lo gótico, de lo blando a lo duro,  
de la concéntrica humedad a lo seco y enjuto,  
de las tetas suculentas y estruendosas de la piña tropical  
a los múltiples pechos, sobrios, duros, silenciosos, de la piña del pino:  
se mueve unos pasos en el terreno de las formas  
y viaja en la materia a las antípodas.

Hay una inmovilidad oscura y otra acechante y delgada,  
hay una soñadora y otra matemática:  
el quieto las cata todas;  
el quieto es un gourmet de la quietud.  
Le gusta estar de planta en cada cosa,  
pero a veces, para mantener su inmovilidad bien aceitada,  
tiene que moverse como el cocodrilo de prisa  
o llenar como el halcón en el aire o el patinador en el hielo  
de inmovilidad el movimiento.  
Abre la boca el quieto y degusta la prisa lentamente.  
El quieto no tiene oficio.  
En el espacio le bastan cuatro palmos de tierra  
y en el tiempo, en su tiempo, lo inmóvil y lo inmenso son lo mismo.  
El quieto es un longevo desde niño.

Desea únicamente el agua en la piel y en la garganta,  
la tierra debajo de los pies.  
Al fuego, nuestro padre tronante, nuestro verdugo máximo,  
solo le pide un sol lejano y una hornilla encendida.  
No lo aplastarán el tiempo y los achaques,  
el prójimo y la mezquindad  
mientras exista algo blanco y azul sobre sus hombros,  
vapor o aire, mientras exista algo blanco y azul ante sus ojos. ◀